

El bosque sería muy triste si sólo cantaran los pájaros que mejor lo hacen

R. Tagore

Una buena persona

Estas tres palabras recogen un deseo vehemente que la mayoría de los padres manifiestan en torno a lo que deben llegar a ser los hijos como integrantes del tejido social.

Lo anterior invita a reflexionar alrededor de *la bondad*, entendida como *la inclinación natural a hacer el bien*, virtud ésta que en los últimos tiempos ha perdido injustificadamente vigencia como resultado de la crisis de valores por la que atraviesa nuestra sociedad, en la que el individualismo, la insolidaridad y la competitividad extrema marcan la pauta en cuanto al comportamiento social se refiere.

Si se quiere que los hijos lleguen a ser buenas personas, no se debe olvidar que en el proceso de crianza el ejemplo arrastra y que los niños captan y asimilan las vivencias y actitudes del medio familiar en que discurre su crecimiento y desarrollo. Con toda razón, afirma Robert Coles, un estudioso de esta temática, que *el niño es un testigo siempre atento a la moral de los adultos o a la falta de ella*.

Debe quedar claro, entonces, que como modelos de crianza, el testimonio de vida de los padres y demás adultos significativos produce una impronta perdurable en el ser y el hacer de los niños, que se traducirá, en el mejor de los casos, en un comportamiento fundamentado en el bien obrar, de tal modo que la rectitud, la generosidad y la compasión tipifiquen a la persona como bondadosa, esto es, inclinada a hacer el bien.

Es importante hacer notar que aquellas cualidades que cada padre o madre anhelan que su hijo posea, no surgen de la nada. Se forman lentamente, siguiendo el ritmo del desarrollo individual y se fortalecen mediante un ambiente favorable, en el que el niño aprecie la necesaria congruencia entre la pauta y la acción en el comportamiento de sus progenitores.

Si en el interior de cada familia, estructura básica de la sociedad, se propende a la transmisión y el fortalecimiento pleno de los valores considerados fundamentales, como la bondad, se podrá esperar un mundo diferente para las futuras generaciones

Cuenta Robert Coles en su libro *La inteligencia moral de los niños* que un sobrino le preguntó al gran novelista Henry James qué debía hacer con su vida, cómo vivirla. A lo anterior, el escritor le respondió: “Existen tres cosas importantes en la vida humana: la primera es ser bondadoso, la segunda es ser bondadoso y la tercera es ser bondadoso”.

Síndrome del primogénito desplazado o del penúltimo hijo

Augusto Hernández Z.

Pediatra salubrista

Profesor

Facultad de Medicina

Universidad de Antioquia

Es tan difícil ser el número uno,
y últimamente, nada divertido.
La vida era hermosa cuando éramos tres:
mamá, papá y éste que aquí quejarse ves,
pues por estos días ha llegado un intruso
y no me gusta ni cinco ese iluso;
si por mí fuera, que lo devuelvan al hospital
y me den un helado para olvidar.

Wayne S. Freiden y Marie Hartwell Walker

Si se compara la familia con una obra de teatro, cada orden de nacimiento implica un papel distinto en la obra, pues a partir de sus experiencias de vida, los niños permanentemente toman decisiones y adquieren creencias sobre ellos, sobre los demás y sobre su mundo, por lo que el conocimiento de las características del orden de nacimiento permite entender que los niños pueden desarrollar percepciones erradas de sí mismos, según la interpretación que hagan de su posición en la familia.

Son relativamente constantes las características de los hijos mayores y de los hijos menores; estas características se han establecido en numerosísimas observaciones en distintas culturas y tienen variaciones muy claramente definidas por el género, la separación entre los hijos, la personalidad de cada uno de ellos, las relaciones con los adultos significativos, el entorno... Por el contrario, la descripción de los hijos intermedios no es tan precisa, excepto en lo relacionado con el desplazamiento por el nacimiento de un nuevo hermano, que es de lo que se trata en este artículo.

Cuando llega un segundo hijo al hogar, el primero o primogénito puede presentar síntomas y signos muy diversos que pueden alterar el normal crecimiento y desarrollo del niño y su entorno sociofamiliar. Este síndrome o conjunto de síntomas y signos que afectan la salud y el bienestar del niño puede ocurrir cuando llegan en forma transitoria o definitiva otra u otras personas al hogar o residencia habitual de ellos. No es exclusivo de los primogénitos, pues lo pueden sufrir los otros hermanos. Es muy frecuente, y si no se detecta oportunamente y no se aplican los correctivos adecuados puede agravarse la salud del niño afectado, la del nuevo hermano y la de toda la familia.

Algunos de estos síntomas y signos son: trastornos de conducta, tales como agresividad en la casa, en la escuela, jardín o colegio; bajo rendimiento escolar y pasividad extrema. Además, puede haber introversión y desatención, con poca participación en el juego y otras actividades grupales.

Otras manifestaciones son descontrol de esfínteres (enuresis y encopresis), tartamudeo, dificultad para leer o escribir, miedos, terrores nocturnos severos, fobias, pánico y depresión.

También pueden ocurrir dolores de cabeza (cefaleas o jaquecas), náuseas, vómitos, diarreas, dolor abdominal, cansancio fácil y dolores osteomusculares. Es común que las rabietas o pataletas se hagan más intensas y frecuentes.

A veces puede haber convulsiones y otros signos conversivos, inclusive fiebre, así como manifestaciones de atopia: rinitis, asma, dermatitis. Algunos hacen regresiones, como volver a chupar dedo o solicitar chupo, usar pañales o hablar como niños más pequeños.

Son muy frecuentes las alteraciones del apetito: inapetencia o por el contrario, comer demasiado (bulimia), así como las del sueño (somnolencia e insomnio).

El niño así *desplazado*, trata de llamar la atención de sus padres y aprovecha cualquier oportunidad para agredir al *intruso*, al nuevo hermano: con los dedos le chuzca los ojos, le tapa la boca o la nariz, le pega, lo puede tirar de la cama al suelo, le hala el pelo, las orejas, la ropa. Aparenta quererlo mucho y expresa sus deseos de cargarlo, de darle el biberón, pero en el fondo desea pegarle y vengarse de él.

Estas manifestaciones y muchas otras que pueden ocurrir en el niño afectado, no importa su edad, pues se observa en niños mayores y adolescentes, son fruto de los celos y frustraciones que él percibe al sentirse desplazado y despojado del cariño y del amor de sus seres queridos y amigos y especialmente de sus padres. Percibe que el amor y los mimos y privilegios que venía disfrutando le han sido arrebatados por su hermanito menor, al cual le *dedican*, la mayor parte del tiempo y atenciones.

Esto genera en el niño *desplazado* diversos sentimientos: rabia, celos, frustraciones, abandono, que lo impulsan a reaccionar y expresarse con algunas de las manifestaciones descritas.

Este síndrome, que como ya se dijo no es exclusivo de los primogénitos, pues puede ocurrir en otros hermanos, otros niños y aun ciertos adultos, es muy frecuente y a veces grave.

Tratamiento

En el tratamiento de esta situación se requieren acciones tanto desde el punto de vista de promoción como de prevención y recuperación de la salud del niño y su entorno sociofamiliar. Requiere por parte de la familia, del personal de salud y más específicamente del pediatra un enfoque adecuado, por lo que se necesita tomar conciencia de la magnitud y posible gravedad del problema para evitar que ocurra o si ya ocurrió ayudar a resolverlo lo más pronto y adecuadamente posible.

Los padres, familiares y amigos deben entender las actuaciones y reacciones del niño y no juzgarlo como un niño problema o mal educado, sino como un niño con problemas, con dificultades, que se siente solo, que percibe que ha perdido el amor de sus padres, que ya no es importante, que lo han desplazado y está *elaborando* ese duelo.

En la familia se debe proporcionar trato igualitario, no discriminatorio entre los hijos, demostrando con palabras y con hechos que al niño o niños mayores se les quiere igual que al menor y que si en determinados momentos se dedica más tiempo a éste, es sólo porque su condición de ser más dependiente así lo exige y no por preferencias especiales hacia él y desamor o indiferencia a los más grandecitos.

Por lo tanto, se le debe brindar mucho cariño, afecto, amor, comprensión y hablar con él y demostrarle con actitudes y hechos que se le sigue queriendo mucho, tanto como al recién nacido y que el amor y las cosas que se poseen, como los juguetes, se pueden y se deben compartir y que esto no disminuye la felicidad, sino por el contrario la aumenta, al poder disfrutar entre todos lo que se tiene.

Cuando los amigos o parientes visitan al recién nacido, es necesario que caigan en la cuenta de que la visita debe ser para todos, deben saludar y conversar con el niño o niños mayores, expresarles la amistad y el amor igual a todos y cada uno y si se lleva un obsequio también llevarle al hermano mayor o a los otros, cuando hay más de uno, para que por medio de esos detalles se den cuenta de que no hay preferencias ni exclusiones y que el interés y el amor es hacia todos.

No se debe maltratar al niño porque exprese mediante los síntomas y signos descritos el problema que lo está afectando. No se debe pegarle, gritarle, insultarlo, ni tampoco amenazarlo o chantajearlo diciéndole frases como *no te quiero, eres grosero y eres mal educado*, porque esto produce en el niño dolor, resentimiento, violencia y otros sentimientos muy desfavorables y contraproducentes en la personalidad y educación del niño.

El padre y la madre deben dedicarle tiempo al niño mayor para jugar con él, cargarlo, conversarle y expresarle todo su amor; deben brindarle explicaciones de por qué el recién llegado requiere muchos cuidados y amor, así como él cuando estaba recién

nacido y mostrarle que se puede compartir el amor sin dejar de quererlo, pues se puede querer igualmente al hermano y a otros que puedan llegar en el futuro.

Al niño mayor se le debe dar oportunidad de colaborar en algunas pequeñas cosas relacionadas con la crianza del recién nacido, como ayudar a cambiarle pañales, a cargarlo, a jugar con él, pues así se va sintiendo importante y esto lo hace partícipe activo de la vida del hogar y le posibilita tomarle más afecto al hermanito, aceptar más fácilmente el compartir con él y disfrutar mucho de su compañía.

Se trata, pues, de enseñar al niño a compartir con amor y a disfrutar de ese precioso e invaluable regalo que le dio la naturaleza: su hermano y amigo con quien crecer y gozar de lo más precioso, la vida.

Prevención

El pediatra, el médico general, la enfermera y en general todo el personal trabajador de la salud y los educadores en todos los niveles, así como los comunicadores sociales deben conocer la existencia y magnitud de este problema y analizar las causas que lo pueden generar para contribuir a su prevención.

Desde la gestación y ojalá desde antes, los padres y niños mayores se deben preparar para compartir con el nuevo hijo y hermano, el amor y cariño de todos, la casa y otras pertenencias.

La educación en valores, tales como el amor, la tolerancia, la aceptación del otro y sus diferencias, el compartir con los demás nuestros bienes y la equidad, de tal modo que se pueda vivir mejor mediante el ejercicio de la libertad, la democracia y el respeto por los demás, sería una contribución efectiva para el buen trato al niño y a todos los conciudadanos y de este modo disminuir tanto maltrato y violencia que afecta tan gravemente todo el quehacer de la actividad social, especialmente en la salud y el bienestar.

Se debe contribuir por medio de la educación del escolar y del adolescente, de los jóvenes y de las parejas durante la gestación a que se entiendan estas diversas conductas de los hijos, para orientar adecuadamente, mediante un buen trato, con autoridad, pero sin autoritarismo, basados en la inteligencia y el amor, que son los que forman y transforman al individuo y, a través de éste, a la sociedad.

En resumen, la prevención y el comienzo del tratamiento de la situación descrita y de otras parecidas consiste en la preparación para la vida y la convivencia social e intrafamiliar; en el aprender a compartir y a amar, en el sentido preciso de la palabra, no el amor entendido como posesión de objetos y personas. Los niños no deben ver a los padres ni éstos a los hijos como su objeto poseído, como su propiedad privada y

exclusiva, sino como personas que aman y que pueden hacer la vida más agradable, digna, amable y hermosa.